



¿2 de octubre no se olvida?

Resistencia y esperanza contra la desmemoria, la militarización y la violencia, hoy

Cada 2 de octubre, la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco se convierte en el eco de una herida que no cierra. Han pasado 57 años de aquella tarde en que el Estado mexicano respondió con balas a las voces estudiantiles que exigían libertades democráticas, respeto a la autonomía universitaria y un alto a la represión. Sin embargo, la pregunta que encabeza estas líneas —¿2 de octubre no se olvida?— no es meramente retórica: es la constatación de que el olvido intenta imponerse con fuerza en la sociedad, y con él la repetición de las lógicas represoras que marcaron 1968.

Recordar a las víctimas no es un gesto de nostalgia, es una obligación ética y política. La masacre de Tlatelolco fue un parteaguas en la historia mexicana: mostró la crudeza del poder autoritario, pero también la capacidad del movimiento estudiantil para sembrar semillas de organización, conciencia crítica y resistencia que hasta hoy inspiran. Sin embargo, la permanencia de las estructuras institucionales de violencia demuestra que la memoria no basta si no se traduce en acción transformadora.

El ejército fue entonces autor intelectual y brazo ejecutor de la represión. El ejército sigue siéndolo. Ayotzinapa, en 2014, es el ejemplo más doloroso de esa continuidad: 43 estudiantes desaparecidos en un crimen de Estado que permanece impune, cuando documentos oficiales comprueban que el **27 Batallón de Infantería** tuvo conocimiento en tiempo real del operativo en Iguala, participó en labores de vigilancia y detención, y mantenía comunicaciones directas con autoridades locales para coordinar acciones represivas —una vinculación militar que ya no puede seguir negándose, sino reconociéndose como parte fundamental de la verdad histórica.

Y hoy, el 2 de octubre llega en medio de un clima alarmante en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde facultades y campus permanecen en paro ante amenazas violentas que recuerdan peligrosamente el preámbulo de la represión de 1968. La inseguridad que se vive en nuestra máxima casa de estudios no es un hecho aislado: *forma parte de un contexto en el que la juventud universitaria se vuelve, otra vez, el blanco más vulnerable.*

A esto se suma la contradicción del actual gobierno, que presume haber roto con el pasado autoritario, mientras mantiene intactas las estructuras militares, los contratos con empresas de seguridad y armamento —incluidas compañías israelíes— y una relación diplomática complaciente con Israel, incluso en medio de la brutal invasión y genocidio en Gaza. Apenas hace unas horas, la **flotilla humanitaria Global Sumud** fue interceptada y secuestrada por la marina israelí a 70 millas de la costa de Gaza, en aguas internacionales, con cientos de activistas detenidos arbitrariamente en franca violación al derecho internacional, constatando que la lógica del intervencionismo militar sigue vigente y que las

voces internacionales de solidaridad son silenciadas por la fuerza. La tibieza de nuestro gobierno frente a estas violaciones contradice los principios de soberanía y justicia que se proclaman hacia dentro, y exhibe la continuidad de una política de seguridad sujeta a los intereses del capital global y de las élites militares.

La “guerra sucia” evidenciada por la masacre del 68 fue brutal y descarnada: persecución política abierta, desapariciones forzadas y asesinatos con la complicidad de los medios masivos de comunicación. Décadas después, la “guerra contra el narco” de Felipe Calderón inauguró una nueva etapa de militarización bajo el disfraz de “combate al crimen organizado”, que multiplicó los muertos y desaparecidos en todo el país. En el presente, vivimos una “guerra interna de baja intensidad”, menos visible en los titulares pero igual de letal: se disfraza de “estrategia de seguridad, inteligencia y combate a las causas sociales”, mas se sostiene con la presencia militar en la vida civil y cobra tantas o más vidas que en los años setenta. Y, como siempre, las principales víctimas son las juventudes: *estudiantes, normalistas y jóvenes de barrios populares que terminan borrados en las estadísticas o sepultados en fosas comunes*.

Semanas antes del 2 de octubre, el 27 de agosto de 1968, como parte de las movilizaciones estudiantiles, se realizó un mitin masivo en el Zócalo capitalino. Miles de estudiantes, profesoras/es, trabajadoras/es y ciudadanas/os ocuparon la Plaza de la Constitución para exigir la libertad de presos políticos, la derogación del delito de disolución social y el fin de la represión. La concentración, que se convirtió en plantón, fue vista por el gobierno como un desafío abierto a su autoridad y en la madrugada del 28 de agosto, el Ejército Mexicano, apoyado por tanquetas y cuerpos de granaderos, irrumpió violentamente en la plaza para desalojar a los manifestantes que habían decidido pasar la noche en guardia pacífica. Hubo golpizas, detenciones arbitrarias y un despliegue intimidatorio que marcó un punto de inflexión en la confrontación entre el movimiento estudiantil y el Estado.

La represión en el Zócalo fue uno de los preludios inmediatos de la masacre del 2 de octubre. No sólo mostró la disposición del régimen a usar la fuerza desproporcionada contra las y los jóvenes, sino que también motivó el pronunciamiento de sectores críticos de la sociedad, entre ellos un grupo de sacerdotes vinculados al Secretariado Social Mexicano (SSM), que emitió un posicionamiento público de condena a la violencia estatal, en solidaridad con la comunidad estudiantil. Fue una voz incómoda que se mantuvo en los años siguientes, a contracorriente de un episcopado mayoritariamente alineado con el poder. Esa postura crítica, compartida también por varios secretariados diocesanos, acabaría desembocando en la ruptura de 1973 entre el SSM y la jerarquía eclesiástica. Con ello, quedó marcado un camino de compromiso social y político que, inspirado en el Evangelio y en las luchas populares, abonó a la construcción de redes de solidaridad con las víctimas de la represión y con las causas obreras, campesinas y estudiantiles.

¿2 de octubre no se olvida? La pregunta se vuelve advertencia. Tlatelolco no es pasado: *es un espejo roto en el que todavía se refleja el presente*.

Recordar es, entonces, resistir al olvido, a la desmemoria intencionada. Pero también es asumir la responsabilidad de desmontar las lógicas represoras que se mantienen en pie, para que la memoria convoque y provoque consecuencias políticas, y entonces la respuesta a la pregunta incómoda sea clara y contundente: **NO se olvida**. Porque en el olvido está el terreno fértil para que se repitan las masacres.

La memoria viva no consiste en mirar hacia atrás, sino en *hacer del pasado una fuerza para transformar el presente*. El 2 de octubre no debe olvidarse porque sus muertos siguen hablando en cada estudiante desaparecido, en cada familia que busca justicia, en cada joven que se levanta contra la violencia y el silencio. Y porque, mientras las lógicas de represión sigan intactas, el 68 seguirá siendo hoy.

Como en 1968, también hoy se requieren pasos concretos para:

1. Fortalecer nuestras luchas por la defensa de la educación pública, la autonomía universitaria y la desmilitarización de la vida social;
2. Acompañar las redes juveniles que articulan la organización barrial, estudiantil y comunitaria.
3. Apoyar de manera decidida a las familias que buscan a sus desaparecidos/as.
4. Denunciar de manera constante las complicidades entre el Estado y los intereses económicos-militares, nacionales e internacionales.
5. Y solidarizarnos con las causas internacionales de justicia, como la defensa del pueblo palestino frente a agresiones ilegales como la intervención de la flotilla Global Sumud.

¡Recordar el 2 de octubre es, hoy más que nunca, organizar la esperanza!

©Secretariado Social Mexicano

Ciudad de México, a 2 de octubre de 2025

